

BÚLGAROS Y NIHILISTAS

El Oriente atrae nuestra vista por su brillo y nuestra atención por sus misterios. Cuanto en sus espaciosos senos existe de celeste y de claro, llama á los artistas; á los enamorados de la luz; y cuanto de moralmente tenebroso, llama á los políticos, á esos buzos que gustan de abismarse y perderse en las tinieblas. No existe en parte alguna de Europa, ni siquiera por las costas del Tirreno ó por las tierras de Andalucía, montañas como aquellas en cuyas cúspides habitaron los coros de las musas, y de cuyas plantas surgieron las aguas de Castalia y del Alfeo, los primeros manantiales de la poesía europea y las primeras inspiraciones del arte; mas tampoco existen, extinguiéndose cada día más el mal y su remedio, el heroísmo, aquellas trágicas escenas de la vida pública y priva-

da; aquellas conjuraciones de serrallos; aquellos asesinatos increíbles; los favoritos amenazados por el puñal de sus rivales y por el ardor de sus amos; las sultanas predilectas rodeadas de presentes riquísimos y de homicidas venenos; los pueblos armados hasta los dientes, con el cinto lleno de empuñaduras brillantísimas á cuyo término se encuentran los instrumentos de la matanza, y con las manos cargadas de rifles ó de gumias, y listos como el ciervo, gallardos como el caballo, ligeros como el aire, apercebidos de continuo á la guerra cual si el mundo fuese un campo inmenso de batalla y el fin único de la vida buscar pronto y heroicamente la muerte.

Nadie se acordaba hace poco tiempo de la tierra que el Hemo y el Rhodopo atraviesan; que el Danubio limita al Norte y las vertientes del poético Pindo al Mediodía; que los guerreros más feroces de la quinta centuria, aquella edad de las irrupciones, pueblan; y que rusa por el origen de sus razas reunidas del Volga y llegadas hasta el Bósforo, compone la mitad casi de Turquía y lleva el nombre antiguo de Bulgaria. ¿Quién la nombraba en Europa? Mas vino reciente campaña de tristes casos y varios sucesos; incendio y desolacion

de pueblos y ciudades; angustias y aficciones de razas atormentadas; proscripción cruel de habitantes interrumpidos en sus faenas por las erupciones del combate; degüellos de familias enteras; sacrificio cruentísimo de ejércitos que como aniquilados quedaron en fértiles llanuras hechas vastos cementerios; la toma de Forward herida; la batalla horrible de Plewna ensangrentada; el paso audaz de los Balkanes franqueados; la profanacion de los templos por el fanatismo de sectas al igual intolerantes, y la mutilacion de mujeres y niños por las locuras del furor bélico; y todos los ánimos se volvieron á Bulgaria y encontraran allí una nueva catástrofe, que los fijara por su aspecto trágico, y no una nueva enseñanza que los escarmentára á fin de no interrumpir la creacion continua del amor universal con los errores del odio, sobre cuyos estragos levanta su trono de mondados huesos la insaciable guerra.

Esa Bulgaria, que hace poco era propiedad del sultan, gobernada por vizires designados en el serrallo, pasa ahora á propiedad del Tsar, gobernada por príncipes designados en San Petersburgo. Aunque una Asamblea haya votado y varios diputados discutido, y calurosas deliberaciones resuelto el nombramiento de

ese príncipe, queda á los ojos del mundo, con su título de Alejandro y todo, con su Constitución y su Parlamento, como un señor feudal de la soberbia Rusia. Pero ¡ah! su nombre y su familia traen á mis mientes una de las épocas más procelosas de la vida y despiertan en mi corazón el cariño á un amigo muerto por la más sublime de las causas. Alejandro I de Bulgaria es hijo de una hermana de Boesak, á quien pocos han oído nombrar sin duda alguna, á pesar de haber pertenecido á familias reales é imperiales y contarse nada ménos que entre los primos del Tsar. Y era Boesak enteramente de la estirpe de los héroes nacidos con el entusiasmo más puro en el corazón y con la sangre más generosa en las venas, y con el ideal más bello en la mente, y con la inclinación más viva al sacrificio en todos sus deseos, y con la tristeza del llamado á malograrse en los ojos, y con la aureola mística del mártir en las sienes. Al verle no había necesidad de preguntarle cómo y en dónde pasara su vida; véase que la pasó combatiendo, y do quier se ha combatido por la independencia de las naciones, Importábale poco que el pueblo combatiente fuera de esta ó de otra raza de la humanidad, de esta ó de otra porción de la tierra. El

amor á la independencia de los pueblos llenaba su redentora alma, anhelosísima de grandes sacrificios. Y este amor lo había experimentado desde la niñez, porque naciera sin pátria. Hijo de Polonia, vióse condenado á ignorar lo que es una familia feliz, pues la suya gemía de continuo en la servidumbre; lo que es un hogar seguro, pues el suyo estaba amenazado de esbirros; lo que es la dignidad de ciudadano, pues él no gozaba ningún derecho; lo que es la nación propia, pues aquella que le diera el sér, yacía rota, descoyuntada, repartida entre los déspotas y sus miembros dispersos quedaban enterrados, aunque palpitantes, y su alma llorosa erraba en los aires, aunque inspirada, y heróica y tierna; ¡pobre mártir de las naciones! Una voluntad entera y generosa, que no quiere someterse al destino, y que no tiene pátria, encuentra su vía trazada en el mundo, la vía de los combates imposibles que conduce derechamente á la apoteósís de los martirios seguros.

Desde que pudo llevar un arma, la empleó Boesak en contra de los opresores y en defensa de los oprimidos. Amar con mayor entusiasmo la pátria cuanto apareciera más desgraciada á sus ojos; defenderla con todo el ar-

dor del alma y toda la sangre de las venas; tomarla como un ideal hasta el punto de combatir, no sólo por ella, sino por todas cuantas naciones tuvieran como ella hijos y como ella los engendraran siervos; tal fué el pensamiento único de su conciencia y la norma única de su vida. Así lo hallábais en Grecia junto á los cretenses; en Sicilia junto á los garibaldinos; y ya podeis imaginar dónde estaria siempre que se pelease y se muriese por la independencia de Polonia. Aquel hombre en Atenas hubiera sido Aristides; en Esparta, Leonidas; en Jerusalén, Macabeo; en Gerona, Alvarez; en Madrid, Daoiz, en todas partes un héroe y un mártir de la patria.

Yo, que le conocí tanto, no podria retratarlo. Su figura se ha transformado en la muerte y brilla hoy á mis ojos como una de esas santas imágenes del dolor exclarecidas por los destellos de los cirios y ahumadas por las nubes del incienso. Todavía recuerdo las últimas palabras suyas, que resonaron en mis oidos y que cayeron sobre mi pecho. Celebrábamos al pié de los Alpes, en verde pradera humedecida de rocío, huéspedes de aquella Suiza donde compiten las maravillas de la creacion y los milagros de la libertad, una pobre, pero fraternal

comida de desterrados, á la sazón unidos todos en iguales tristezas y esperanzas. Boesak estaba en frente de mí, comiendo con la sobriedad de los discípulos de Cristo en la última cena y hablando con la elocuencia de los discípulos de Platon en los divinos banquetes. No lejos de él encontrábase Chaudey, el amigo y testamento de Proudhon, abogado espertísimo, orador excelente, consumado político, á quien debian asesinar los bárbaros comuneros de París en el día nefasto de la inmolation de los rehenes. Uno de los últimos libros del célebre sofista francés, que tanto daño hizo á la libertad en Francia y en España, fué contra Polonia y contra la guerra sublime de Polonia en que Bocsak entrara, deteniendó como los espartanos de las Termópilas con un destacamento un ejército. Semejante libro, escrito para rezar á los muertos en el combate y arrancar la esperanza á los sobrevivientes, imputando á todos las faltas de sus padres, hirió con herida profundísima á nuestro héroe, el cual dirigia á Chaudey palabras de reconvencion, cuya delicadeza aumentaba la acerbísima amargura. Y en esto le tocó brindar, y se levantó trémulo como no temblara nunca en las batallas. Su arrogante figura daba al héroe polonés el aspecto

de aquellos soldados de Platea esculpidos por los cincelos griegos en mármol penthólico. Su barba rubia, su sedosa cabellera, el azul celeste de los ojos templado por la oscuridad de la tristeza en que yacia su alma, la sonrisa dolorosísima de sus labios contraídos, dábanle también aspecto de redentor, pareciéndose á una de esas figuras rafaelinas que en formas clásicas contienen cristianos ideales.

Hé oído á muchos de los grandes oradores europeos, y ninguno logró convencerme jamás como este guerrero de Polonia. Bien es verdad que lágrimas mal reprimidas brotaban de sus ojos nublados, y roncós gemidos de su destrozado pecho. La frase no tenía amplitud alguna, sinó concision extrema, penetrando como una puñalada moral hasta lo más hondo de nuestros corazones. Veíase allí los representantes de las primeras nacionalidades de Europa, y proclamaba lo que cada una de ellas hacia por la civilización y la cultura de todas, y lo que hacia su pátria. Si Alemania sabe pensar, y Francia hablar, y la libre Inglaterra trabajar, y la austera España creer, y la hermosa Italia cantar, Polonia sabe morir. En medio de esta cultura pacífica, ella es el ara de los sacrificios, desde donde sube al cielo como en los antiguos

templos el humo de las víctimas abrasadas y el holocausto de los dolores eternos. Y cuando sus ciudades son panteones, y sus campos cementerios, y sus cunas sepulcros, y sus hijos mártires; cuando al pié de sus altares caen tras pasados por las balas rasas las mujeres y los niños de pecho; un escritor francés les dice que todo lo tienen merecido, y da la razón á nuestros verdugos porque somos católicos los polacos, cual si despues de habernos quitado del alma los derechos, y de la tierra el hogar y la pátria, quisieran quitarnos también nuestro último refugio y nuestra última esperanza allá en el cielo. Y despues de estas exclamaciones, cayó como desmayado en su silla. Todos nos miramos mutuamente, y vimos que teníamos arrasados de lágrimas los ojos. ¡Ah! Dos años despues, Bocsak se encontraba en los campos de Dijon tendido y exánime entre un monton de cadáveres, donde á las órdenes de Garibaldi peleó y murió por la pátria del escritor célebre que habia infamado su pátria. Y luego direis que no hay ni santos ni mártires en nuestra civilización. El nuevo monarca podrá contar muchos nombres ilustres en los anales de los poderosos, pero ninguno tanto como ese nombre de su próximo parien-

te inscrito en los anales de las víctimas. Brillarán mucho las piedras de su corona de rey, pero no como las heridas del soldado muerto en los campos de batalla por la libertad de una nación que no era su patria.

Todos estos hechos y casos de Oriente nos llevan como de la mano á tratar el grave asunto de los nihilistas, no bajo su aspecto político, bien conocido ya por sus trabajos, sino bajo su aspecto literario, más nuevo é interesante. Las obras respecto al gran imperio ruso pululan ahora en todas las librerías como antes las obras respecto á la gran República americana. Interesábanos en la época de nuestra regeneración política ver cómo nacen los pueblos, y nos interesa ahora en este período de mayor madurez y de más seguras victorias, ver cómo mueren los déspotas. Así los escritos y los escritores sobre esta materia abundan. Unos, como Murray, antiguo cónsul de Inglaterra en Oriente, han estampado obras ligeras con el título de *Los rusos en su casa*; otros, como Wallace, viajero durante cinco años en aquellas regiones, obras de mayor aliento é importancia, tituladas *La Rusia*; otros, como el profesor Rambaud, estudios particulares acerca de la *Poesía épica moscovita*; estos, como Hippean,

concienzudas monografías relativas á instrucción pública; aquellos, como el editor Dreyfous, dos volúmenes de retratos rusos, atribuidos á un alemán anónimo; periodistas del talento de Molinari; cartas interesantísimas aunque lejanas de eruditos de la ciencia de Courier; estudios sobre las literaturas eslavas llenos de noticias curiosísimas, y todos á porfía han ilustrado el conocimiento de tan extraño pueblo, mucho más que los viajes de Castine, muy leídos antes, y los cuadros de Gauthier llenos de animación y de color, y las obras especialísimas de Merimée, en que el interés y la vida se sacrifican á la corrección y á la propiedad del lenguaje. En estos libros y en otros muchos más que no menciono por aligerar mi escrito, encuéntrase á cada paso datos de sumo interés sobre el nihilismo literario, compañero, mejor dicho, precursor del nihilismo político.

Aquí se cumple aquella sentencia de un filósofo antiguo, el cual proclamaba la superioridad de la poesía sobre la historia para revelar el estado de los pueblos y la vida de las civilizaciones. Esta secta nihilista, sin armas y sin presupuesto, que gobierna y la obedecen; que condena á muerte y se cumplen sus sentencias; que entra como por magia en los palacios del

Tsar y lo intimida; que se asienta en los tribunales y los domina; que tiene á sus órdenes desde la policía hasta el ejército; hallándose á un tiempo en todas partes y no viéndose en ninguna cual esos endriagos de los cuentos de niños y de las consejas de aldea, debia reflejarse en una literatura nueva, como la literatura moscovita, ya que su realidad sobrepuja en mucho á todas las visiones de la fantasía y á todos los ensueños de la más desenfrenada inventiva.

El célebre Tourguénef pintó ya el tipo de un nihilista en aquel Bazarofi de su novela «Padres é hijos,» perteneciente á la aristocracia por su educacion, y al pueblo por sus inclinaciones; menospreciador así de todas las creencias modernas que embargan el entendimiento con sus ideas nuevas como de todas las fórmulas políticas que despiertan las pasiones con sus esperanzas progresivas; dado á la negacion absoluta por puro sentimiento de utilidad y á las conjuraciones continuas por anhelo de influencia y de poder; y que, al decirle cuán poco valen sus principios, reducidos á un sistema de radical oposicion, y sus afirmaciones incapaces de reemplazar lo arruinado y destruido, contesta alzándose de hombros con menosprecio,

y despidiendo de sus ojos la rabia exterminadora con furor: «no costó un ochavo la tea que sirviera para incendiar á Moscou.» En otra novela titulada «Humo,» pinta la vaguedad de pensamientos que aqueja á los nihilistas, y la compara tristemente á esa cinta de vapor dejada por la locomotora en los aires, como una especie de azulada culebra de nubes, cuyas escamas fantásticas se condensan en el vientre de negro hierro y se disipan en las ondulaciones del vago aire. El instinto de oposicion toma tal impetu en Rusia, que esta caricatura de las ideas nihilistas se atribuyó á desercion de las ideas liberales, y tuvo el célebre novelista, amargadísimo de tal juicio, que resignarse á larga abstencion de todo trabajo literario y á profundísimo silencio. Pero Pisemsky colgó en su espaciosa galería de dramas y novelas nuevos retratos nihilistas. Rusia para él es como un lago encrespadísimo, cuyo cieno ha salido á la tranquila superficie. Las ideas se han confundido y los caracteres se han rebajado; el materialismo ha puesto sus ídolos en lugar de las antiguas creencias; la sed de hidrópicas riquezas ha venido á secar los labios disgustados de los manantiales de lo ideal; y la frase hueca ha seducido á los pueblos, incapaces de toda ac-

cion fecunda y de todo constante trabajo; nadie mira á lo infinito de donde viene el día, y todos creen luz eterna el fuego fátuo que se derrama y se disipa en cintas de fósforo fugaz. La figura del nihilista Grigerof es el tipo y la representación de esta edad para el autor ruso, edad de corrupción moral y de grandes é irreparables ruinas.

El socialismo de los moscovitas no brilla, como el antiguo socialismo francés, con esa luz semejante á las oraciones místicas, y con esas esperanzas en una renovación que llegue á transformar desde las ideas en el cerebro hasta las estrellas en el cielo, y con esos visos de cristianismo renovado, de teología progresiva, de metamorfosis universal, que daba á las concepciones san-simonianas y fourieristas algo de la grandeza alcanzada en los tiempos antiguos por las concepciones de Pitágoras y de Platon, pues juntábanse en ellas los extremos más opuestos, la metafísica pura y la economía utilitaria; escueto como la estepa rusa, bárbaro como la tribu cosaca, estéril como el hielo eterno, álzase en las novelas, por ejemplo, de Distoyewski con tal monstruosidad realista, que lo tomariais por el inmundo albañal donde se aglomeran todos los vicios sociales.

Esas producciones últimas, que divulgan las debilidades más tristes, que usan el lenguaje más grosero, que copian los tipos más vulgares, que reducen las artes á expedientes y á procesos, que buscan inspiraciones en la taberna ó en la mancebía, que rebajan las letras más allá de la realidad, que renuncian á todo ideal y ni siquiera nos dejan ver un pedazo de cielo al través de las rejas de nuestra oscura cárcel; ese realismo repugnante, hoy en boga, nació antes que en ninguna otra parte, en los pudrideros del imperio ruso, donde las inteligencias se corrompian y degradaban tristemente en la más odiosa servidumbre.

Leed en las varias historias de las letras rusas el extracto de las novelas socialistas, y os persuadireis sin esfuerzo á creerlas mucho más espantosas que las antiguas novelas francesas de los días en que andaba tan acreditado y válido este género de literatura política por el mundo. Allí notareis héroes de tabernas; fumadores envueltos en las nieblas exhaladas de sus pipas; dragones capaces de engullirse, si les dejan, un toro; campesinos sanos y regoldones sin la gracia inextinguible ni la filosofía práctica de Sancho; borrachos de aguardiente estancado que vomitan vocablos de burdel y de pre-

sidio; una demagogía como jamás la concibió Aristófanes, el inmortal caricaturesco de los demagogos; en fin, la canalloeracia en toda su fealdad, irguiéndose deforme, no solamente contra las demás clases sociales, sino también contra el pobre pueblo trabajador y honrado. No conozco nada más lejos de una verdadera democracia. Leyendo tales páginas, finjo en mi imaginación la choza parecida al inmundo lecho de un hipopótamo; la campiña cubierta de hielo; la nieve revoloteando como arena blanquecina en los giros del aire; la corteza de los árboles adobada como único alimento para tantas criaturas infelices; los grupos de los que emigran sin saber á dónde; el contraste entre tantas miserias y el lujo de los señores envueltos en sus pieles y arrastrando sus trineos, cuyas gozosas campanillas se mezclan con el lamento del moujik medio muerto de hambre y de frío en la soledad de sus estepas. Este año, siempre que iba á la Exposición de París, me paraba ante un cuadro de rara verdad. Representaba el Volga helado, y se veían los bur-lakis sacando con las maromas atadas al pecho, las barcasas del hielo. Al verlos con su túnica de pieles de cordero, con sus botas gigantescas y claveteadas, con sus birretes mos-

covitas; los rostros anchos y aplastados como aquellos de los hunnos que tanto asustaban á los últimos romanos del imperio; los ojillos hundidos de los cuales podría decirse lo dicho por Jornandez respecto á los ojos de los soldados de Atila *plus puncta quam lumina*; las narices chatas, pues apenas se distinguen allá entre las barbas parecidas á oscuros vellones; al verlos así, francamente, me recordaban aquellos pueblos semi-salvajes, tan cercanos á las escalas de la pura vida animal, abrumados por el peso de una miseria tan triste como su servidumbre, que ahullaban hambrientos en torno de los imperios asiáticos, y olfateaban las mantanzas y los incendios consiguientes al asalto de los palacios imperiales y á la destrucción y á la ruina de los tiranos.

Compleja cosa los problemas sociales y más complejas todavía las diversas soluciones que, con fórmulas abstractas y absolutas, cada escuela pretende darles. No hay materia ménos sistemática, porque no hay materia más sujeta servilmente á condiciones de tiempo y de espacio, á fatalidades de clima y hasta de topografía. El problema social no puede aparecer en Rusia como aparece, por ejemplo, en nuestra Andalucía. Benigna temperatura, cielo propi-

cio, aire perfumado y tibio, suelo feraz, sobriedad impuesta por el calor, vestiduras ligeras, días ardientes, noches serenas, componen otros tantos factores de este complicadísimo asunto, en el cual pueden más la lluvia y el viento que todas las series de ideas inventadas por la más audaz economía ó concebidas por las más puras y sublimes ciencias. La inclemencia del cielo da en Rusia mayor tristeza ciertamente á la miseria, y al problema social mayores y más insuperables dificultades que en nuestros pueblos latinos. Así la solución ha quedado reducida tristemente á grandes amenazas revolucionarias, las cuales llevan tristemente en su seno la utopía de las utopías, la propiedad colectiva.

¡Cuán estéril es esa autocracia que se asemeja tanto á la omnipotencia! Tiene un Tsar cuasi pontífice, un sínodo cuasi militar, innumerable ejército, recelosa policía; y no puede impedir la difusión de doctrinas que en nuestros pueblos occidentales se desvanecerían al choque de una polémica periodística y al examen de una crítica serena manifestadas sin censuras ni obstáculos, al aire y al resplandor de la libertad. Y lo que sucede con su autocracia bizantina, sucede con su iglesia ortodoxa. Cuen-

ta templos y monasterios sin número, altares y santuarios sin igual, un clero llamado blanco que sirve en las parroquias y que tiene familias sagradas como los antiguos colegios sacerdotales y títulos hereditarios como las antiguas castas asiáticas; un clero negro del cual brotan las más altas dignidades eclesiásticas y se proveen los más célebres conventos; monjas consagradas á la oración y á la penitencia; auxilio coercitivo de las leyes, cuyos artículos penan el abandono de las creencias oficiales y exigen por ministerio de la autoridad pública la correspondiente cédula de comunión pascual; y con todas estas fuerzas y con todos estos medios no alcanza en ninguna parte á impedir que se formen sectas religiosas, cuyo número pasa de doscientas, y las cuales componen el conjunto más babilónico y monstruoso que puede imaginarse; como que ya resucitan el antiguo mahometismo tártaro, tan modificado en su primitiva ortodoxia por antecedentes históricos; ya caen allá en la magia de la Edad media y en las noches y sábados infernales; ya llegan hasta la barbarie de las mutilaciones de Orígenes; ya adoran al diablo creyendo que, dado su poder sobre la naturaleza les impedirá toda pena y dejará rodar las almas blancas y

